

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN textos y documentos

Número 394

Barcelona, 2 de Marzo de 1938

Av. 14 de Abril, 556

NOSOTROS Y ELLOS

La guerra aérea en el Parlamento inglés

El lunes hubo un largo debate en la Cámara de los Comunes acerca de la guerra de España. Como el nuevo ministro de Negocios Extranjeros Halifax, no es diputado, y si miembro de la Cámara de los Lores, contestó a los interpellantes el jefe del gobierno Neville Chamberlain.

Este, refiriéndose a las gestiones hechas por Francia e Inglaterra unidas para impedir el bombardeo de ciudades abiertas en España, dijo, según despachos de Londres:

«El gobierno español—es decir, el republicano, el único gobierno legal—ha aceptado desde el primer momento los buenos oficios del gabinete británico; pero los rebeldes de Salamanca se han negado a hacer lo propio *por entender que debían reservar su acción a fin de poder atacar los objetivos militares en todas partes donde pudiesen estar.*»

Ha fracasado, pues, la humanitaria intervención de las democracias occidentales. Y ha fracasado porque Franco lo decidió así. ¿Espontáneamente, o por imposición de sus amos de Berlín y de Roma?

Probablemente ellos y él piensan lo mismo del problema. La guerra total es invención alemana, pero Italia la aplicó en Abisinia. La guerra total viene siendo hecha a los españoles por medio de la aviación italogermánica y a beneficio de los militares que se sublevaron en julio. Hay una solidaridad de ideas y de intereses entre Berlín, Roma y Salamanca.

Quiere Franco reservar su acción «para poder atacar todos los objetivos militares allí donde puedan estar», ¿pero qué objetivos militares son esos? En todas las ciudades de España de alguna importancia hubo siempre cuarteles, depósitos de armas, municiones y petróleo, maestranzas, fábricas de pólvora, arsenales, fundiciones y edificios destinados a la administración y a la residencia de autoridades militares y civiles. Por lo tan-

to, ni una sola queda fuera de la clasificación hecha por los rebeldes. Todas, absolutamente todas, pueden ser, con ese criterio atroz, bombardeadas e incendiadas. Y también todos los puertos y bahías, por pequeños que sean, ya que a los mismos llegan o podrán llegar navíos cargados de mercancías y aun de material de guerra.

Desde luego, nadie ignora que con los raids aéreos, más que la destrucción de objetivos puramente militares, de localización y alcance difíciles, se persigue la desmoralización de la población civil. Ludendorff, en su libro famoso, recomienda que se reserve el más grande estrago para las ciudades y pueblos de la retaguardia enemiga, a fin de que el pánico de los vecindarios inermes obligue a su gobierno a capitulaciones rápidas. Cuando, dentro de un mes, o de un año, o de dos, la inevitable guerra mundial surja con todo su cortejo de horrores monstruosos, las metrópolis europeas, emporio de civilización, sufrirán, agravada, la suerte de Madrid, Barcelona y Valencia. Y entonces es posible que lamenten su actual indiferencia, su egoísmo duro y cruel, que las hace colectivamente insensible al martirio de España.

Conste, pues, que mientras el Gobierno de la República española, siempre humanitario, siempre generoso, siempre enemigo de crueldades inútiles, se manifestó, desde el primer día de acuerdo con las indicaciones franco-inglesas relativas a la guerra aérea, Franco y consortes se negaron a aceptar compromiso alguno.

Queden ahí, para la comparación universal, ambas conductas. La Cámara de los Comunes fué edificada por el contraste. El pueblo inglés, también. La una y el otro saben a qué atenerse. Y no podrán dudar acerca de quiénes son, en la lucha de España, los civilizados y los bárbaros, los campeones del Derecho y los enemigos de la Humanidad.

PALABRAS DEL DUCE

“El Anschluss frustraría la victoria italiana”

No hace falta, señores, proteger solamente las fronteras del Rhin, hace falta asegurar también las de Brennero. A este propósito debo determinar con exactitud el punto de vista del Gobierno italiano en lo que se refiere a la propaganda en Austria y en Alemania sobre la anexión o Anschluss. Esto es inadmisible. La verdad es que el mismo Gobierno alemán ha declarado innecesario plantear un asunto de este género. Pero es, sin embargo, cierto, que una propaganda activísima hace todo lo posible por crear aquellos movimientos de opinión que oportunamente se definirán como *irresistibles*. Yo creo que el Senado italiano estará de acuerdo conmigo, que me apoyará en este punto de vista, en que Italia no puede tolerar nunca la patente violación de los tratados que constituiría la anexión de Austria a Alemania. Dicha cuestión, a su vez, frustraría la victoria italiana, aumentaría la potencia demográfica y territorial de Alemania, resultando de esta situación paradójica que el único país que aumentaría su territorio, que aumentaría su población, y se erigiría en el bloque más potente de Europa central, sería precisamente Alemania.

(Del discurso pronunciado por Benito Mussolini en el Senado, el 20 de mayo de 1925.)

El enorme déficit del presupuesto italiano

Mr. Fletcher se propone preguntar en la Cámara de los Comunes al Primer Ministro si no le han llamado la atención las cifras del presupuesto extraordinario italiano, publicado en Milán el 9 de Febrero, que arroja un déficit de 170 millones de libras, debido principalmente a la invasión de Abisinia por Italia, y si dará seguridades de que el Gobierno británico no contraerá ninguna obligación por esa deuda.

(«News Chronicle».—25-II-38.)

Las informaciones que publica este **DIARIO** responden siempre a la veracidad más estricta

Conste, pues, quemien-

tras el Gobierno de la República española, siempre humanitario, siempre generoso, siempre enemigo de crueldades inútiles, se manifestó, desde el primer día, de acuerdo con las in-

dicaciones franco-inglesas relativas a la guerra aérea, Franco y consortes se negaron a aceptar compromiso alguno.

América denuncia la traición

(Por William E. Dodd, ex-embajador de los EE. UU. en Alemania)

Washington, jueves.—La dimisión del Ministro de Negocios Extranjeros, Mr. Eden, y el voto de la Cámara de los Comunes han causado impresión desoladora en los EE. UU.

Nuestro pueblo durante los seis últimos meses, se ha ido aproximando cada vez más a los países democráticos en la esperanza de salvar la civilización moderna.

La manifiesta disposición del Gobierno de Londres a comenzar negociaciones, a base de España, el Mediterráneo y la zona del Danubio de la Europa central, es por demás descorazonadora.

Parece que la dimisión obligada de Mr. Eden, que no es un extremista, significa que Inglaterra, influida por ciertos grupos, se aproxima al nazismo, a los métodos dictatoriales, vuelve a la Edad Media.

Sin embargo, creo que el pueblo inglés, como el pueblo alemán, son instintivamente democráticos y desean salvar la civilización por la que los europeos lucharon y pelearon en los siglos XVI y XVII.

(«Daily Herald», 25-II-1938.)

DUCHA

MISTER CHAMBERLAIN HA DESPERTADO

Y bien; los dioses no son del todo malos, aunque contraríen al clan de los lores. El honorable Mr. Chamberlain había posado su planta en una piedra desgajada. Estaba a punto de despenarse, de caer, con el Imperio a cuestas, a los pies de un demente.

Pero quinientos mítines y un debate en «Palais Bourbon» le avisaron a tiempo para asirse al buen sentido. Hoy Inglaterra vuelve a hallarse dueña de su destino, que no es el del destino de España. Ni Nelson ni el Duque de Hierro hubieran tenido que hacer en nuestras aguas y en nuestro campo de batalla, de no importarle a la seguridad británica la seguridad española. A Mussolini no le gustan las lecciones históricas. Por eso ha menospreciado las que las sombras de Napoleón y Angulema pudieran prestarle sobre la capacidad defensiva del celtibero. En toda la producción de D'Annunzio y Mussolini, Mussolini es lo más expresivo de ella; la medida se obtiene por la hipérbole. Quiere esto decir que de no existir un supuesto

que hinchar mediante la retórica, se retraería el pensamiento. En el caso de España, el «duce» no puede manipular con el hecho en sí, pero se sirve de un pequeño personaje tumefacto, a quien quiere otorgarle la apariencia de un caudillo. Lo peligroso de la fantasía es que se pega, y un estimado miembro de la más tradicional familia inglesa, ha estado a punto de medir a España con el mismo metro que Mussolini; esto es: con la traición de un señorito uniformado.

Pero quinientos mítines de protesta y dos buenos discursos: el de Delbós y el de Ne-grín, le abren los ojos a cualquiera. Parece ser que la City ya no hablará de préstamos sin antes convencer a Roma de que España no será jamás una segunda Abisinia, cuando ya no lo ha sido, pese a tener enfrente a un ejército sublevado, a Alemania, Italia, Portugal, y al más poderoso enemigo que nunca tuvo ni tendrá pueblo alguno: la política de «no intervención».

Dignidad humana y totalitarismo

Después de un lento y doloroso proceso en el que a veces la revolución o revuelta del Pueblo significó una fase más acelerada que otras, el concepto de dignidad humana como síntesis de todos los valores y aspectos que encierra el individuo, había conseguido imponerse y conquistar el primer rango en casi todos los órdenes de la Vida. Para determinar si respecto a la que el hombre tiene derecho a llevar, el avance o cambio conseguido era admisible, se examinaba si éste era o no conforme a la dignidad humana.

Entre los órdenes cuya conquista más ha costado para el establecimiento de dicho concepto de dignidad, cabe señalar principalmente: el jurídico, el político y el económico. Todos tres pueden reducirse a uno solo: el social, síntesis perfecta de ellos y aun de aquellos otros que también pudieran citarse, pero que aquí tienen un valor más secundario y no necesitan ser citados.

En lo jurídico, el hombre había conseguido imponer en las costumbres, leyes y códigos, una igualdad jurídica, y así un no privilegiado era igual al que una desigualdad histórica hacía estimar como opuesto a él. Dicha nivelación era una consecuencia necesaria de la generalización del concepto: dignidad humana. El hombre es igual al hombre y necesita vivir, desarrollarse como tal.

En lo político, también dicha igualdad se había conseguido estableciéndose en el ejercicio de los derechos políticos, un mismo nivel para todos con indiferencia de toda profesión, riqueza, etc.

A estos y otros avances, se les denominó en conjunto *Democracia*. Esta, sin embargo, no llegó a terminar su obra, conquistando definitivamente el último reducto, cuya posesión permitiría la efectiva realización de las otras dos conquistas: el reducto económico. Al dejar a ésta para el final, incurrió en un error, no sólo de táctica, sino de interpretación de la Vida. Quizá ese error o camino fué provocado o impuesto por las clases dominantes sabedoras de que, cuando menos, las igualdades jurídicas y políticas retardarían en su conquista la económica, clave en definitiva, de una igualdad social. Al reservarse la supremacía económica, se reservaban la facultad de seguir dirigiendo la sociedad, con la ventaja de hacerlo bajo la apariencia de ciertas igualdades—jurídica, política, etc.—que la práctica mostraba eran, con harta frecuencia, ficticias.

Para una correcta comprensión de nuestra tesis, téngase presente que como igualdad económica se quiere indicar el aseguramiento para todos y cada uno, de un mínimo económico y no el que todos sean igualmente adinerados, de la misma manera que la igualdad jurídica y política asegura a todos y cada uno un mínimo de derechos; pero no el que todos tengamos los mismos, ya que no todos nos hallamos en las mismas situaciones jurídicas o políticas (diferencias en el estado civil, situaciones de incapacidad, prohibiciones, etc.) Igualdad no quiere decir identidad.

Ese mínimo económico, indispensable para una afirmación de la dignidad humana en el grado elevado que ésta requiere, comenzaba a conseguirse. Su avance implicaba la afirmación definitiva de la misma, y con arreglo a ella, el hombre perdería lo que en él perdura de mercancía, de cosa, para ser un valor, el auténtico que todo hombre, conforme a su rango como tal, tiene derecho a ostentar en la vida.

Para detener dicho avance, las clases privilegiadas, los del reducto económico, crearon el «totalitarismo»,

síntesis del fascismo y del hitlerismo. Es erróneo creer que estos dos movimientos se deben a Mussolini y a Hitler. Ambos no fueron más que instrumentos de las clases pudientes: banca, gran industria, militarismo, etc., etc.

Una simple ojeada en Alemania e Italia, confirma lo expuesto: dichas clases dominantes, aunque más o menos transformadas, son las sostenedoras de los dos regímenes. En ellos el obrero, el empleado, el pequeño burgués o comerciante, son los oprimidos, los «dirigidos».

La novedad es que tanto el fascismo como el nazismo, para atraerse a los no privilegiados, hablan de «socialismo» y lanzan un programa de organización del trabajo que apenas si encubre malamente el encadenamiento del obrero, del modesto empleado, etc., etc. El lema: el Estado lo es todo, el individuo no es nada, se prodiga monótona, pero agotadoramente. Todos los medios son buenos para anular la individualidad, al hombre pensante; en definitiva, el concepto de dignidad humana. Y así se inventan unas nociones falsas de Pueblo, Raza, Tierra, Nación, etc.; se forja un nacionalismo agresivo, se fundan sindicatos y corporaciones de obreros, empleados, etc., todos «dirigidos»; se impone una disciplina, etcétera y se hace llevar un uniforme.

El individuo como valor, como

afirmación humana, retrocede hasta desaparecer en esta concepción totalitaria del mundo. Conforme a ella, no es siquiera un número, pues éste, aun aislado, tiene un valor; es pura y simplemente una mercancía que se deja, se toma, se vende, se cambia.

Medio principal para obtener el aniquilamiento del hombre pensante, dueño de su personalidad, es la «organización» fascista del trabajo. Los sindicatos, o son suprimidos o sustituidos por otros, o por corporaciones «intervenidas» en las que el elemento obrero o trabajador es una ficción. Acordémonos de aquellos obreros diputados que nos presentaba la Ceda y que no eran más que simples alevines de lo que se quería por ella hacer.

El ejemplo más reciente de ello lo tenemos en esa farsa de gobierno que el traidor Franco se ha formado. En él existen un ministro del Trabajo y otro de «Organización Sindical», los dos apoyados en su tarea por un Ministerio de Orden y Seguridad Pública, a más de otro del Interior. El fin que se persigue con dicha distribución de fuerzas es fácil de prever: la dislocación de la organización obrera libre, sometiendo al trabajador de todas clases a una disciplina estatal que no es más que la de un partido totalitario.

Otro ejemplo tan patético como el anterior, es el reclutamiento (así de-

Los apetitos múltiples de quienes roñan la frágil viudedad de la Falange

La Falange Tradicionalista y de las J.O.N.S. es viuda consolable que se apresta a llenar el vacío que dejó el Ausente. Para colmarlo, se dirige a sus insatiabiles prosélitos con los brazos abiertos. ¿Dádiva o súplica? Cualquiera desasosiego impuro se calmará con sólo acogerse al regazo sangriento de la organización fascista. La Falange se muestra propicia a la entrega. Hasta aquí la dádiva. Quienes, al parecer, se muestran reacios a que tal entrega se verifique, son sus propios clientes. Y aquí la súplica. Quien roce el costado ambiguo de la Falange, recibirá en pago los favores más recónditos, los más codiciados dones de la poderosa y ya fondona dama de las flechas y el yugo. Basta con pedir. Después—es condición precisa—de haber prometido, ante ella, fidelidad eterna y sumisión absoluta. La Falange no es dama que se conforme con menos, ni cortesana que renuncie a sus caprichosos deseos tan fácilmente. Sabe que sólo comprándolos puede darse el gusto de tener amantes. Y los compra. Véase la muestra en las palabras siguientes transmitidas por la emisora facciosa de Burgos, el día 27 de febrero del 36:

«El que se acerca a la Falange para satisfacer sus apetitos, será siempre recibido con cariño fraternal.»

nominado por los propios periódicos italianos) de 30.000 obreros rurales de las provincias de Bari, Brescia, Cremona, Ferrara, etc., que con sus familias y uniformados—ellas y ellos en azul, gris y verde—, enviará Mussolini a Hitler entre el 15 de marzo y 15 de abril, para que trabajen en los campos alemanes de Mecklenburg, Braunschweig, Hannover, etc., donde la falta de obreros se debe a que los que podían serlo en estas regiones, se hallan en las fábricas de material de guerra, en las filas de los S. S. o S. A., o sencillamente en los campos de concentración.

La «facturación» masiva de tales obreros a quienes se arranca de su

país sin consultarles—no olvidemos es un reclutamiento—muestra hasta qué punto el individuo, como valor humano (la dignidad humana, en fin) se ha convertido en los países totalitarios, en una simple mercancía.

El fascismo y el hitlerismo saben que el enemigo más encarnizado que tienen es esa dignidad humana que se halla, no sólo en el hombre como titular y creador de ella, sino también en sus obras, en su arte, en su ciencia, en su concepción de la familia... De ahí el afán fascista de crear un «arte», una «ciencia», una «familia», totalitarias, en contraposición a una creación popular y libre.

El pueblo español, como otros, en su libre desenvolvimiento y conquista de una dignidad humana elevada, en su afirmación rotunda de una comunidad de trabajadores de todas clases, era un obstáculo para el totalitarismo. Por ello, éste decidió desbarbarse de él sirviéndose de las ambiciones y bajas pasiones de unos banqueros, militares y privilegiados. Ahora bien, «decidir» no es vencer, y esto lo van sabiendo los totalitarios no sólo de Burgos, sino también los de Berlín y Roma.

Por ello, la lucha del pueblo español es algo más que la que representa una guerra civil o aun una guerra de independencia; es la lucha del Hombre como valor total, como dignidad humana, contra el brutal impulso de su anulación para imponer, en virtud de un bárbaro derecho de conquista, un régimen de esclavitud mucho más vil que el desaparecido hace siglos.

El resultado de la lucha es fácilmente previsible. Pese a todas las apariencias y el «bluff» de que hacen gala los totalitarios, éstos serán totalmente vencidos, pues frente a su concepción, definitivamente superada, se halla de un lado el concepto de dignidad humana, cuyo valor se halla para siempre arraigado en el hombre, siendo impeccedero, y de otro, dicha dignidad tiene como titular y como defensor en las horas difíciles actuales, a la República española, al pueblo español.

Prof. MANUEL LOPEZ-REY
Bucarest, 18-II-1938.
(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

El "SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN" se publica diariamente en castellano y en francés, y los lunes, miércoles y viernes, en alemán, italiano e inglés respectivamente

Hasta el último hombre y el último cartucho

El discurso del Jefe del Gobierno ha conmovido al pueblo español. Quizá fuera injusto hacer en este caso una distinción entre el pueblo español libre y el prisionero de Franco, y por eso no la hacemos. El dolor de la guerra es uno en las dos zonas y una debe de ser la emoción de la verdad. Hasta es presumible que el roce humillante con los invasores y los insurrectos disponga mejor que la convivencia en el territorio republicano, para exprimir y saborear la savia de las palabras del señor Negrín. Es fácil apreciar la reacción que el discurso ha determinado en las distintas parcelas de la opinión pública. Los trabajadores, parte principalísima de la resistencia republicana, se han sentido claramente aludidos. De cara al problema de la producción de guerra, que es la mitad justamente del problema militar, el Presidente del Consejo ha destacado el derecho que los combatientes tienen a que se les cubra rápidamente el déficit de armamentos. Ello equivale a confrontar dos deberes, el del que da su sangre y el del que rinde su esfuerzo manual, y al prometerles el jefe del Gobierno a los soldados que tendrían pronto el material que precisan, es que confiaba virtualmente en los trabajadores. Esta confianza no tolera objeciones. Es impropio del señor Negrín fantasear, y cuando transfiere a la industria de guerra el remedio que la situación demanda, podemos estar seguros de que por un procedimiento u otro realizará sus previsiones. El Gobierno cree, y con el Gobierno el pueblo español, que de aquí en adelante no puede prosperar ninguna actitud que le dé de lado a la guerra. Nada, absolutamente nada, tiene fuerza hoy para regatear la ayuda que exige la patria en peligro. Si la democracia con su régimen de libertad individual fallara, el instinto popular acabaría confirmando poderes rígidos. En efecto, una nación en pie de guerra no debe distinguir entre la responsabilidad del soldado y la responsabilidad del ciudadano, sea cual fuere su función. El supuesto de que la prestación de la vida sea más obligatoria que la prestación de unas horas de trabajo, va pareciendo a todo el mundo una repugnante deslealtad, y faltaría a su deber el Gobierno que la tolerase. Adelantándose a la declaración del Presidente del Consejo, los Partidos y Organizaciones obreras han demostrado que en su ánimo está hacer suya aquella tesis de severa disciplina. Buenaventura Durruti pronunció en Madrid unas nobles palabras, a las que los acontecimientos devuelven actualidad: «Yo renuncio a todo, menos

a la victoria.» El esforzado luchador comprendía que renunciando a la victoria el proletariado renunciaba a todo, a la vida y al honor revolucionario. No era, pues, excesivo el sacrificio que se recomendaba a sí mismo.

Juzgamos haber definido la reacción mental de la clase productora, ante el discurso del señor Negrín. Resbalarían en el equívoco los que hicieran otras deducciones. El ciclo de organización ciudadana para la guerra prosigue. El deber capital aflora, cada día más robusto, sobre los deberes secundarios. Vence la libertad racional a la libertad arbitraria. Las minorías propensas al desconsuelo, por tener la fe enteca y el egoísmo orondo, han sentido con el discurso suscitados sus remordimientos, y hoy reconocen que la voz del señor Negrín es la auténtica voz de la patria. No han dejado, tampoco, los intelectuales, de experimentar la fuerte corriente moral del ilustre hombre de Estado, y un documento, precioso por el texto y por las firmas, avisa que los doctos y los artistas ven incluida en la política del señor Negrín la causa universal de la cultura.

Fuera de España sin duda alcanzará el discurso hondas resonancias. Palabra por palabra, en la dicción y en el espíritu, lo que ha dicho el señor Negrín es en cierto modo una réplica a lo que ha dicho Hitler. Europa ha tenido quien enuncie la doctrina de la agresión, pero también quien diga cuál debe ser la conducta de los pueblos que no se resignan a ser colonizados por el fascismo. La República española echa mano de la moral que guarda en sus arcas el viejo y duro pueblo, y con ella se promete triunfar. La consigna a las naciones vacilantes es bien clara: contra los grandes aventureros internacionales sólo existe una fórmula: querer luchar. Finalmente, formando cadencia, más bien tenue, con las prescripciones de nuestro Primer Ministro, la Cámara de los Diputados francesa ha contribuido a resucitar la creencia de que la democracia y la cultura no están desamparadas. Los señores Chautemps y Delbos, oficialmente, han repetido que Francia no es indiferente a la independencia de España. Este sentimiento de amistad encuentra base sólida en el hecho de que la República española, por boca de su Gobierno, renueva su vocación de pueblo libre y su empeño de mantenerla desesperadamente, hasta el último hombre y el último cartucho.

(«La Vanguardia».—Barcelona, I-III-1938.)

Cultura en la España republicana

Por JUAN MARINELLO

(Continuación)

Pero no todo ha sido conservar lo existente. Precisaba, lo hemos dicho, variar de curso las ricas aguas tradicionales. Todo lo salvado se ha puesto a disposición del pueblo. Acaba de ver la luz en Valencia un precioso folleto en el que, con la decisiva elocuencia de los hechos, se contestan las mal intencionadas razones del sabio don Miguel Artigas, ex Director de la Biblioteca Nacional de Madrid y ahora servidor lamentable de Franco y sus aliados extranjeros. Por este folleto, de la Junta Central del Tesoro Artístico, se prueba decisivamente como, por obra del Gobierno Popular, la guerra española, en vez de traer la destrucción de la cultura, que los facciosos quieren, ha venido a significar su verdadero acrecentamiento, poniendo frente a todos los ojos, materiales valiosísimos hasta hace poco en manos indoctas y condiciones. Más de 70 bibliotecas particulares, que, sumadas, significan medio millón de volúmenes, no son ya pertenencia de aristócratas engrèidos y rencorosos; 11.000 cuadros, incluyendo Murillos, Zurbaranes, Velázquez, Grecos, Goyas, Dureros y Holbeins; más de 100.000 objetos de escultura y más de 2.000 tapices de los palacios de Madrid y El Pardo, y de la Catedral de Cuenca — sin duda la colección de tapices más rica del mundo — son ahora verdadera riqueza española; es decir, patrimonio cierto del pueblo de España. El señor Artigas convoca a los hispanistas del mundo para que lloren con él la pérdida imaginaria de las fuentes de la cultura hispánica. El gobierno del Frente Popular llama a la gran familia hispanista, a Huntington, a Croce, a Farinelli, a Fitzgerald, a Coster, a Espinosa, a Schevill, a Martineche, a los Thomas, a Vossler, a Pfand, para que acudan a Madrid a penetrar en tesoros desconocidos o prohibidos, en el fondo de bibliotecas particulares, y ahora recogidos, clasificados y catalogados científicamente para el usufructo de todos.

Yo puedo, en este punto, decir algo de mi propia experiencia. Todo el tiempo que residí en Madrid lo viví en la Alianza de Intelectuales Antifascistas, instalada en el que fué palacio de los ex condes de Heredia Espinosa. Cuando el pueblo entró en el palacio, se abrieron las puertas de una biblioteca de incalculable riqueza, que, al decir de los servidores de la casa, estaba tapiada para propios y extraños desde hacía cinco años. Esa misma familia había tenido secuestrada al interés de sabios y curiosos, durante treinta años y en los sótanos del Banco de España, entre manuscritos inestimables de Quevedo, Lope, Moreto, los procesos de los judíos toledanos del siglo XVI, tesoro jamás tocado por nadie. Todo eso. Y hablo sólo de un caso entre mil, del que me tocó observar de cerca, es hoy tesoro público.

No puede hablarse de la democratización de la cultura sin realizar dos cosas: el aumento de instituciones de enseñanza, y una organización pedagógica y económica que permita a todos el acceso a esas organizaciones. No hay que encarecer la dificultad y el mérito que significa atender a estos dos problemas en medio de la más cruel de las agresiones. El Gobierno del Frente Popular ha creado, en el tiempo que anda la guerra, 5.500 escuelas, construido 275 nuevos edificios escolares, creado 1.200 escuelas especiales para milicianos analfabetos, y editado, entre cartillas y libros de lectura, más de 600.000 ejemplares. Dar cuenta de la modernización del servicio de bibliotecas requeriría un tiempo de que no disponemos. Baste decir que el viejo sistema de agrupar gran cantidad de ejemplares en dos o tres grandes bibliotecas, se está transformando en el sistema de distribución científica a las numerosas bibliotecas creadas, los depósitos que funcionan en las ciudades de mayor importancia. Al dejar yo España, se habían invertido, para dotar el depósito instalado en Valencia, 2.500.000 pesetas. Este depósito, como otros que se están creando en ciudades de primer rango, se ocupará de la provisión de las bibliotecas provinciales, comarcales, municipales y rurales, que deben funcionar obligatoriamente en cada provincia, comarca, municipio o barrio rural, cuidándose de que la cultura general quede atendida, sin perjuicio del tipo especial de conocimientos que cada lugar exija. Todo ello, sin perjuicio de reorganizar, con criterio modernísimo, las bibliotecas de los centros de segunda enseñanza, y de crear las bibliotecas escolares, de las que ya funcionan buen número.

La enseñanza media y superior tropieza en una situación bélica con un obstáculo de mucha mon-

No habremos perdido, sin embargo, la ocasión ni el tiempo, si de mis dichos nace robustecida la fe en un gran pueblo que ahora lucha por todos nosotros, ya que somos hombres amenazados de injusticia y, además, gente de libros; es decir, luchadores por una cultura exaltadora y transformadora del hombre.

ta: los que han de recibirla son, por su edad, los llamados a tomar las armas. Dentro de lo posible, el Gobierno del Frente Popular ha removido el gran obstáculo. En las universidades e institutos españoles funcionan cursillos intensivos que permiten ultimar bachilleratos y carreras facultativas sin afectar el servicio militar. En muchas ocasiones, profesores y examinadores acuden cerca de las trincheras para que padezca lo menos la defensa nacional. Y teniendo conciencia clara de que los estudios así realizados no pueden cumplir exactamente su función, se establece que, terminada la contienda, vuelvan los estudiantes a las aulas a realizar estudios complementarios que los capaciten definitivamente.

La reforma educacional de mayor importancia que ha realizado la República es, sin duda, la creación y organización de los llamados Institutos para Obreros. Puede afirmarse que es esta obra la más notable transformación educacional realizada hasta ahora en España. Interesantes son las disposiciones que posibilitan la fácil llegada a los estudios universitarios a los trabajadores de quince a treinta y cinco años. El examen en un solo acto, tan propicio al error y la injusticia, queda sustituido por una convivencia de seis meses entre profesores y alumnos, lo que permite una selección afinada en el perfecto conocimiento de las capacidades del aspirante. La brevedad del bachillerato estará determinada, mediante cursos intensivos, por la posibilidad de asimilación y aprovechamiento de cada alumno. Pero lo que es, en verdad, excepcional es que el Estado llame a todos los trabajadores a los estudios superiores, encargándose no sólo de la manutención del obrero estudiante, sino de la de todas aquellas personas que, viviendo de su esfuerzo, quedan desvalidas por su ingreso en los Institutos. El día que dejaba yo la ciudad de Barcelona, se fijaban profusamente en las fachadas de sus casas unos enormes carteles invitando a todas las organizaciones proletarias a que propusieran al Gobierno los nombres de sus miembros interesados en seguir estudios superiores. Desde ahora, rezaban los carteles, la cultura no es un problema de economía, sino de capacidad. ¡Eran los días en que Franco declaraba, clausurando gran cantidad de instituciones educacionales, que la enseñanza y la cultura eran lujos demasiado caros para tiempos de guerra!...

La investigación científica, como todo trabajo de orden superior, continúa con intensidad y eficacia en la España leal. La Junta para Ampliación de Estudios ha mantenido su excelente rendimiento. El asedio de Madrid ha hecho trasladar a Valencia todos los materiales de estudios necesarios a la Junta. Las publicaciones del prestigioso organismo no se han interrumpido. Ahí están las obras de Cuatrecasas y de Sánchez Cantón; la Revista de Filología Española, el Archivo de Arte y Arqueología, la Revista Emérita y otras publicaciones han continuado apareciendo; los trabajos de Botánica, Zoología, Minerología y Geología han seguido su curso; los laboratorios de investigaciones biológicas, fisiología, metalografía y matemáticas han continuado su obra; el Instituto de Física y Química mantiene su vitalidad y prestigio.

La continuidad en las labores de la alta cultura tiene un hondo significado simbólico: habla muy alto no sólo de la abnegación de los sabios españoles, sino de la inusitada comprensión e inteligencia del proletariado español. Recordaré siempre la palabra emocionada con que el ilustre Navarro Tomás me narraba los sacrificios y peligros sin cuento afrontados por los obreros tipógrafos de Madrid, a fin de no interrumpir, bajo la metralla facciosa, las publicaciones de la Junta para Ampliación de Estudios. Admiraba al sabio filólogo cómo los obreros de la Imprenta Rivadeneyra, situada en la zona más castigada por el plomo fascista, no dejaron ni un día de acudir al trabajo. Lo verdaderamente admirable, me decía Navarro Tomás, es que aquellos hombres, empeñados por su misma condición popular en una lucha de vida o muerte, acudiesen, como a una obligación irrenunciable y urgente, a componer libros tan lejanos al momento que vivían como el *De virginitate beatae Mariae*, de San Ildefonso, y artículos tan inactuales como los publicados en la revista *Emérita*.

A otro extremo, por último, atiende el Gobierno de la República: a rodear al productor inte-

lectual de condiciones favorables para la investigación y la creación. La Casa de la Cultura de Valencia dice mucho en este sentido. Allí encuentra el intelectual de toda especialidad y filiación, elementos de trabajo amplios y bastantes; pero, al propio tiempo, su admisión en dicha casa significa la atención por el Estado de sus necesidades vitales. Sólo se pide una postura antifascista, connatural de la propia condición de intelectual honesto. No podrá olvidarse la tarde en que visité a don Antonio Machado, presidente de la Casa de la Cultura, en su bella casa de Rocafort. El gran poeta, que por larguísimo años, bajo gobiernos reaccionarios y antispañoles, conoció la miseria y la angustia, disfruta hoy del bienestar que merece la lealtad popular de su talento. La seguridad, el sosiego de su vida, han permitido al poeta, ya en la ancianidad, un renacimiento inesperado de mensajes y capacidades.

Los fascistas andaluces asesinan a las muchachas, después de cortarles el pelo y pasearlas en camión por las calles

Los jóvenes huyen a las sierras, desafiando los fusiles de la guardia civil

Gibraltar.—Noticias que llegan del campo faccioso aseguran que en las poblaciones andaluzas próximas a la plaza impera el terror. Los vecindarios están horrorizados por cuanto se les obliga a presenciar. Los fascistas continúan los asesinatos, complaciéndose en aplicar toda clase de torturas y sufrimientos a sus víctimas antes de arrebatarles la vida.

No hace mucho tiempo detuvieron en una población próxima a Gibraltar a unas muchachas, por sospecharse que estaban en relación con algunos elementos antifascistas que habían logrado huir a la plaza inglesa. Y por esa sospecha únicamente, después de cortarles el pelo, las pasearon por las calles en una camioneta y luego las fusilaron.

Y no son éstos los únicos asesina-

tos. Se cometen muchos más. Las madres que tienen hijas mozas viven en constante temor, pues conocen sobradamente hasta dónde llega la bestialidad de los fascistas.

El odio en las poblaciones andaluzas hacia los que ellos consideran adversarios, es exterminador. Y el terror que al pueblo inspiran los facciosos es insuperable.

Muchos jóvenes de diecisiete y dieciocho años, por no ser incorporados a filas han huído a los montes, prefiriendo vivir en las sierras y desafiar los fusiles de la Guardia civil, que los persiguen con saña, antes que seguir en los pueblos, donde los acechan los fascistas que les obligan a alistarse en las filas rebeldes o los asesinan después de humillarlos y martirizarlos.

Manifestaciones de protesta por la intervención en España

Frontera italiana.—La intervención del Gobierno de Mussolini en la guerra civil española tropieza cada día con mayor oposición por parte de la población civil italiana, que ve partir a su juventud para el cementerio de España. Esto produce general indignación, y en algunas regiones de la península italiana se han organizado manifestaciones de protesta contra estos envíos de tropas.

En Palermo, hace pocos días, varios centenares de mujeres, madres de familia en su mayoría, llevaron a cabo una protesta ante la Prefectura de Policía, reclamando a grandes voces el re-

torno de sus hijos, enviados con engaños a España para defender las ambiciones del fascismo.

La policía, violentamente, dispersó a las manifestantes, practicando gran número de detenciones.

El rigor de las autoridades para disolver la manifestación, dió motivo, al conocerse en la ciudad, a que ésta expresara su solidaridad con las autoras de la protesta.

Se temen nuevos incidentes.

Este DIARIO se reparte gratuitamente

Lo que han hecho en Galicia

El terror en la provincia de La Coruña

(Continuación)

Las mujeres de La Coruña, enloquecidas de desesperación, decidieron oponerse a que aquellos crímenes continuasen. Temblando por la vida de sus padres, hijos, esposos o hermanos que cada noche podían ser asesinados, resolvieron, a la desesperada, no separarse, ni de día ni de noche, de las puertas de la prisión, y, efectivamente, dispuestas a que las matasen allí antes que alejarse, constituyeron una guardia patética en torno a la cárcel. Los centinelas las rechazaban a culatazos y los guardias se las llevaban de allí a rastras; pero ellas resistían heroicamente en aquel lugar, y por cada una que se llevaban detenida o que caía desfallecida, diez más venían a sustituirla. Aquella vela trágica de las mujeres en torno a la cárcel, durante la madrugada, para impedir que los falangistas siguieran cometiendo sus asesinatos, fué uno de los episodios más horrendos del terror.

No hubo manera de arrancarlas de allí. Y consiguieron que, a lo menos, durante una noche, los falangistas no se atrevieran a sacar de la cárcel a sus víctimas.

Pero, poco después, el terror tomaba nuevas formas, y los asesinatos seguían cometiéndose, merced a más complicados expedientes.

XII

CARIDAD CRISTIANA

Al principio, cuando no se sabía aún lo que iba a ser el terror blanco y todavía no se habían extirpado bestialmente los sentimientos humanitarios, hubo gentes piadosas que acudieron a socorrer a las viudas, las madres y los huérfanos de las víctimas de la represión.

Algunas mujeres de izquierda asistían, como buenamente les era posible, a la viuda del Gobernador, a la madre de aquellos muchachos fusilados, y a la madre de aquellos muchachos, García, fusilados también por el suceso de Guisamo. Pero la mujer del Gobernador fué encarcelada y fusilada poco después, no obstante hallarse encinta. El fascismo no respetaba ni la condición de mujer, ni la circunstancia de maternidad. «¡Hay que acabar hasta con la semilla!», decían, furiosos, los predicadores. Asesinadas por las balas fascistas cayeron, además de la esposa del Gobernador, la del señor Mazariagos, condenado a muerte por un Consejo de guerra, y una maestra del Ayuntamiento de Miño.

Quedó, en absoluto, prohibida toda suscripción en favor de las familias de las víctimas, y se impusieron penas severísimas a quienes fomentaran tales suscripciones, cualquiera que fuese su condición social, hombre o mujer, de derechas o de izquierdas. Ni siquiera se permitía que se auxiliase económicamente a los funcionarios que habían sido declarados cesantes por represalias.

Una de las víctimas que en más horrenda miseria había quedado, era la madre de los dos muchachos fusilados por el suceso de Guisamo. Era una pobre viuda, que vivía en la calle de San Roque. Su único medio de vida había sido el trabajo de sus dos hijos mayores, dedicados a la elaboración y venta de lejías. Se los habían fusilado, y ella y los pequeños estaban condenados a morir de hambre.

Al principio, se hicieron colectas entre los vecinos para auxiliarles; pero cuando se prohibieron a rajatabla las suscripciones, ya nadie se atrevió a llevarlas nada. En cambio, las gentes reaccionarias del barrio, cuando pasaban por la calle de San

Roque, se detenían a la puerta de la casa de aquella infortunada, y se complacían en injuriarla y amenazarla cruelmente. La causa de aquel feroz encono era que aquella familia se había distinguido siempre en el barrio por sus ideas revolucionarias. El padre había sido un entusiasta romántico de la revolución y había hecho gala siempre de sus ideas. Por una pueril devoción a las grandes figuras del librepensamiento y la lucha social, aquel hombre había puesto a sus hijos mayores los nombres de Jaurés, Bebel y France, para prestigiar así su humilde apellido de García. No se sabe bien hasta qué punto este idealismo, un poco extravagante, puede irritar en un momento dado a la vecindad reaccionaria y burguesa de una barriada gallega.

Las beatas del barrio, los jovenzuelos que empezaban a ser instrumento dócil en las manos del falangismo y los tenderos reaccionarios, iban a la humilde casa de aquella familia revolucionaria, a volcar su odio y su desprecio sobre aquellos réprobos, sobre los chiquillos no bautizados y sobre la madre de los dos mozos reos de pena de muerte.

La escena era tan repugnante, reflejaba una perversión de sentimientos tan horrenda, que un cura, que vivía en una casa próxima, se asomó una tarde a su ventana y reprochó a aquella canalla su ensañamiento.

Abuchearon al cura. Este, les apostrofó violentamente y la turba terminó apedreándole la casa.

En vista del escándalo, intervinieron las autoridades, que se informaron minuciosamente de lo ocurrido. Y encarcelaron al cura.

XIII

LA VIDA CIUDADANA

Al principio, las gentes comentaban los acontecimientos con cierta desentoladura. Se consideraba la rebelión como una cadetada, una militancia más, sin posible trascendencia. Las gentes conservadoras eludían el verse envueltas en la aventura insensata de los militares, y faltos de ambiente, odiados por el pueblo y desdénados por los elementos reaccionarios, estaban condenados a sucumbir pronto. Fué necesaria aquella monstruosidad del terror, desencadenado fría y sistemáticamente, para que los militares pudieran sostenerse, como luego han necesitado la invasión extranjera para seguir tiranizando a España.

A pesar de los fusilamientos y asesinatos de obreros, no conseguían que el trabajo se normalizase en fábricas y talleres. Los obreros del ramo de construcción estuvieron varias semanas en huelga. La resistencia pasiva del pueblo asfixiaba la rebelión.

Las primeras fuerzas que salieron para el frente, fueron despedidas con frialdad. La aventura de los militares, que nadie creía duradera, no despertaba ni siquiera curiosidad. Era una calamidad caída sobre el país, como el pedrisco o la sequía. Sólo, de vez en cuando, se veía algún que otro simpatizante que vitoreaba a destiempo al glorioso ejército, o ponía colgaduras en los balcones de su casa para celebrar tal o cual triunfo de los rebeldes, en el que nadie creía. Con diversos pretextos, los militares organizaban paradas y desfiles en los cantones, a los que el público ni siquiera asistía. En medio del vacío y de la animosidad de la población civil, las autoridades rebeldes se pavoneaban delante de los soldados.

Pero, poco después, comenzaron a circular las noticias de apaleamientos, purgas, detenciones y atropellos de

toda clase. La ciudad comenzó a inquietarse. Había surgido el falangismo.

Simultáneamente a la aparición de Falange—cuyo prestigio tuvo que ir elaborándose a base de crímenes—, surgió en La Coruña otra organización reaccionaria y de tipo falangista, creada al calor de la sublevación militar, que, por su carácter espectacular, adquirió en pocos días gran realce. Tratóse de «Los Caballeros de La Coruña», agrupación filofascista de gentes reaccionarias, dispuestas a secundar a los militares en su aventura. Al frente de «Los Caballeros de La Coruña» se pusieron el teniente coronel de la Guardia civil, Haro, y un hermano del pintor Sotomayor. Fué nombrado cabo aquel Arcadio Vilela, al que quisieron linchar las masas, el día de la rebelión, por haberle encontrado con una pistola ametralladora. Como no le habían matado, fué proclamado «primera víctima oficial» de la revolución comunista y, como a tal, se le honró con aquel cargo, para que pudiese asesinar a mansalva a los que evitaron que la multitud le despedazara.

Estos «Caballeros de La Coruña» eran, por lo general, gentes bien acomodadas, personas de orden y de firmes convicciones derechistas, pero excesivamente prudentes y absolutamente incapaces de heroicas aventuras.

Como la guarnición de La Coruña, que no llegaba al millar de hombres, tuvo que suministrar fuerzas para formar las primeras columnas que se mandaron a combatir en Asturias, los «Caballeros de La Coruña» quedaron encargados de la función, antes encomendada a la tropa, de mantener el orden en las calles, dar guardia en los edificios públicos y asegurar los servicios indispensables. Pero era inútil intentar que aquellos buenos burgueses, gordos y viejos, por lo general, sirviesen para algo más eficaz.

Fué entonces cuando el comandante de Estado Mayor, Barcia, organizó la llamada Legión Gallega, en la que alistó a todos los aventureros y a todos los delincuentes que había en Galicia. Los legionarios gallegos tuvieron también un aspecto espectacular como los «Caballeros de La Coruña», pero eran ya más belicosos. Llevaban como emblema un langostino bordado. Ya en este cuerpo entraron algunos grupos de obreros, a los que se daba a optar entre ser asesinados o alistarse en la legión.

Merced a estas coacciones, se llegaron a formar ocho centurias de legionarios, que, en agosto o primeros de septiembre, fueron enviadas a Burgos y Huesca. Por lo general, era gente de los pueblos acusada de izquierdista y reclutada con amenazas de muerte. Estos legionarios fueron a sucumbir en el frente de Asturias, mientras los «Caballeros de La Coruña» se enquistaban en los servicios burocráticos. En fin de cuentas, las que quedaron dueñas del campo fueron las cuadrillas de «Falange Española».

Pronto, en todos los pueblos de La Coruña, comenzaron a surgir secciones de Falange Española, que era el organismo predilecto de los militares. De la recluta de los falangistas se encargaba, en cada pueblo, el jefe del puesto de la Guardia civil más próximo, secundado por los caciques de la localidad, que, según costumbre inveterada, se pusieron del lado de Falange tan pronto como vieron que el Poder conquistado por la rebelión militar, había ido a parar a sus manos.

En todos los pueblos había dos secciones de Falange: la de los ma-

Honrando la memoria de Ludwig Renn...

Einstein dice: «La causa de la liberación de España es la de toda la Humanidad»

Nueva York, 24. — El ilustre profesor Einstein ha dirigido una carta abierta al gran escritor alemán Ludwig Renn, combatiente en las Brigadas Internacionales, en la que le felicita por su actividad en el Ejército de la República española en defensa de la libertad de pensamiento. En dicha carta, el profesor Einstein afirma que la Causa de la liberación de España es la de toda la Humanidad, y que si hubiera por el mundo bastantes hombres del temple de Ludwig Renn, ni existiría invasión italoalemana en España, ni siquiera fascismo, pues éste existe principalmente por la cobardía de quienes viendo las cosas con claridad pese a todo se someten. (A. I. M. A.)

yores de 18 años, y la de la chiquillería, que era la más numerosa. A los niños les daban unos fusilitos de madera, y les enseñaban a hacer evoluciones militares y a cantar himnos fascistas. Los adultos hacían también la instrucción militar, a las órdenes de los guardias civiles. Creyeron que a esto se iban a limitar sus deberes de falangistas; pero cuando se estabilizaron los frentes y a Franco empezaron a faltarle hombres, se encontraron con que tenían que ir a luchar contra los republicanos.

Los falangistas de la ciudad, señoritos en su mayoría, justificaban con los asesinatos la necesidad de quedarse en la retaguardia, y como el mando apretaba las clavijas pidiendo hombres constantemente, los jefes de La Coruña cargaron sobre los contingentes falangistas de los pueblos y aldeas esta obligación de hacerse matar en las trincheras. Cundió el pánico entre los aldeanos que se habían inscrito en Falange para ser «de los que mandaban». Muchos, muchísimos, se dieron de baja en las listas de Falange; otros, contrainformados por la Guardia civil y los falangistas de la ciudad, se resignaron a incorporarse al ejército. La partida de estos «voluntarios» era en los pueblos uno de los espectáculos más deprimentes que pueden imaginarse. Iban conducidos por la Guardia civil, y arrastrados por las coacciones y amenazas de los jefes falangistas; las familias, al verlos partir, los lloraban como si los llevasen a la muerte. Los viejos caciques, disfrazados de falangistas, po-

nían en juego todas sus artimañas e influencias para escamotear a sus hijos, sobrinos y familiares, y sólo los desgraciados iban al frente. Este era el entusiasmo de los falangistas gallegos.

Tan precaria y forzada como la aportación de hombres era la asistencia en vitualas, prendas y dinero que dispensaba Galicia al glorioso Ejército Nacional. En los primeros días, los camiones de Intendencia recorrían el país llevándose cuanto encontraban: terneros, gallinas, huevos; cuanto había. Pero, pasadas unas semanas, hubo que sistematizar las aportaciones, y se organizaron aquellas famosas suscripciones, que dieron un mequino resultado. Como era la Delegación de Orden público la que organizaba la suscripción, y las coacciones y amenazas eran constantes, no había nadie que se negase en redondo a contribuir; pero cada cual daba lo menos que podía: cosas inútiles, géneros averiados y cantidades insignificantes. En vista del fracaso, se decidió entonces no dejar nada a la espontaneidad y fijar inflexiblemente la aportación que debía hacer cada uno. A los funcionarios se les descontaban uno o dos días de haber sin preguntarles su parecer; a los particulares se les indicaban también las cantidades exactas con que habían de contribuir. Falange Española organizó una oficina dedicada a enviar a las casas particulares unas invitaciones a la contribución, a manera de ultimátum. En ellas se fijaba taxati-

(Continuación)

A Italia se le niegan créditos de petróleos

En la controversia «ahora o nunca» entre Eden y Chamberlain, controversia sobre si es necesario para la seguridad del país británico que empiecen inmediatamente las negociaciones con Italia, una de las consideraciones de importancia vital es el actual estado económico de la nación italiana.

Informes recibidos, comprueban que la situación económica de Italia, particularmente en lo que se refiere al petróleo, ha empeorado hasta casi la desesperación.

De las reservas de petróleo, se ha extraído tal cantidad en los últimos dieciocho meses que a fines de 1937 no alcanzaban más del 17 por 100 de la cifra de mediados de 1936.

Entonces eran importantes, aunque la guerra de Abisinia estaba muy avanzada, y en la actualidad podrían bastar para fines pacíficos.

Pero hay más. La situación se hace cada vez peor.

En 1937, el consumo en Italia y sus colonias, de aceite y de sus derivados, superó en un 20 por 100 al promedio de 1934.

Además, una gran parte de las importaciones de aceites y petróleos—proporción calculada en casi un 20 por 100 de las importaciones de Italia—, está siendo exportada a la España de Franco.

Estas exportaciones no constan en las estadísticas comerciales oficiales.

En los últimos meses de 1937, la situación del cambio empeoró tanto para Italia, que tuvo que buscar grandes créditos en varias compañías suministradoras de petróleo, sin excluir a la organización rusa.

Las grandes compañías exigen ahora el pago inmediato, e Italia encuentra cada vez más dificultades para mantener los suministros. En los últimos tres meses, sus importaciones de petróleo han sufrido un rápido descenso, y hay que recordar que Italia no tiene petróleo propio, y, al contrario de Alemania, carece de depósitos de carbón para extraerlo.

No se vislumbra ningún mejoramiento de la situación en Italia, que mensualmente tiene un enorme gasto de sus reservas de oro y de sus divisas, y sufre, además, la evasión de capitales.

Estas evasiones combinadas, absorben unos tres millones de libras al mes.

A este paso, los recursos exteriores de Italia quedarán exhaustos en menos de tres años y sus existencias de petróleo, con el desgaste actual, durarán bastante menos.

¿Es negocio precipitarse a comprar la paz a un país cuya capacidad de hacer en las debidas condiciones una guerra, disminuye tan rápidamente?

(«News Chronicle», 25-11-1938.)